

Procurar para otros la misma alegría

Para un cristiano, el valor de la alegría es un acto de fe en la palabra de Dios. Los términos gozo y regocijo solo aparecen 295 veces en la Biblia. En la experiencia común, la alegría nace de la vida y encuentra su plenitud en el amor. La vida en sí misma es alegría.

La alegría es un estado de vida completa, una satisfacción incontenible y un motivo de gozo, júbilo y satisfacción. Por lo general, también se manifiesta en la apariencia externa de una persona, a través de la expresión facial, los gestos, etc., y a veces está acompañada de acciones y comportamientos espontáneos y liberadores: mostrar una gran alegría, estar loco de alegría. Más concretamente, se llama alegría a una persona o cosa que es fuente de felicidad y consuelo para otra persona: ese niño es la alegría de sus padres; trabajar con él es realmente una alegría.

I – Alegría y felicidad, similares pero no iguales.

La alegría y la felicidad son términos que se usan indistintamente, pero no son exactamente lo mismo.

La primera se origina desde adentro y requiere una “práctica” constante. *¿Por qué buscas la alegría fuera de ti mismo? ¿No sabes que solo puedes encontrarla en tu corazón?*”, escribió el poeta indio Tagore. La alegría interior está libre de desilusión, porque no necesita nada para manifestarse y, por lo tanto, no puede perderse ni transformarse en arrepentimiento. Es el arte de “estar” en alegría con lo que uno posee, en términos materiales, pero especialmente en términos de conciencia. Estar en alegría significa ser lo que uno es, y para lograrlo basta con conocerse a sí mismo. La alegría es un poderoso motor que nos empuja a mejorar la vida de una manera curiosa de novedad, abierta al mundo, creativa en su manifestación. No conformarse con lo contingente, tender hacia horizontes cada vez más amplios y sentirse sostenidos por una presencia invisible son un motor para que la alegría perdure en nosotros, en nuestro ser más íntimo.

La segunda ocurre fuera de nosotros. Es generada por un deseo cumplido, por una compra

realizada, por una meta alcanzada, por un éxito obtenido, por la liberación del tormento o del sufrimiento. Habiendo tenido esta experiencia, la persona está feliz por el propósito logrado. La felicidad dura hasta que no se vea comprometida por pruebas, deseos, sufrimientos, tentaciones sucesivas que siempre son posibles y siempre se evitan.

II – La alegría en la carta a los Filipenses

La carta de Pablo a los Filipenses ha sido llamada *un himno a la alegría*. El apóstol nos invita a la alegría plena sin conformarnos con la felicidad de un momento. Alaba la colaboración de todos en el Evangelio; se regocija por anunciar el Evangelio a pesar de su encarcelamiento; recuerda la importancia de estar presentes los unos para los otros; Fomenta la unidad de propósito y la unidad en la acción.

- Una alegría motivada. ***Siempre y en todas mis oraciones pido con alegría por todos ustedes (1,4).***
- Una alegría paradójica. ***Pero ¡qué importa! Después de todo, de una u otra manera, con sinceridad o sin ella, Cristo es anunciado, y de esto me alegro y me alegraré siempre (1:18).***
- Un gozo útil. ***Tengo la plena convicción de que me quedaré y permaneceré junto a todos ustedes, para que progresen y se alegren en la fe (1:25).***
- Una alegría alimentada. ***les ruego que hagan perfecta mi alegría, permaneciendo bien unidos. Tengan un mismo amor, un mismo corazón, un mismo pensamiento (2:2).***
- Una alegría experimentada. ***Y aunque mi sangre debiera derramarse como libación sobre el sacrificio y la ofrenda sagrada, que es la fe de ustedes, yo me siento dichoso y comparto su alegría. También ustedes siéntanse dichosos y alégrese conmigo(2:17-18).***
- Una alegría comunicada. ***Ahora me apresuro a enviárselo (Epafrodito), a fin de que su presencia los llene de gozo, y yo, por mi parte, quede menos triste. Recíbanlo en el Señor, con mucha alegría, y tengan en gran estima a personas como él. (2:28-29).***
- Una alegría alabada. ***Por eso, hermanos míos muy queridos, a quienes tanto deseo ver, ustedes que son mi alegría y mi corona, amados míos, perseveren firmemente en el Señor. (4:1).***
- Una alegría contagiosa. ***Alégrese siempre en el Señor. Vuelvo a insistir, alégrese. Que la bondad de ustedes sea conocida por todos los hombres. El Señor está cerca. (4:4-5).***
- Una alegría afectuosa. ***Yo tuve una gran alegría en el Señor cuando vi florecer los buenos sentimientos de ustedes con respecto a mí; ciertamente los tenían, pero les faltaba la ocasión de demostrarlos. (4:10).***

Dejo a la reflexión personal o comunitaria descubrir las ocasiones y los motivos de alegría de Pablo. Además, pregúntense qué puedo hacer para experimentar la misma alegría.

III - Alégrese siempre en el Señor. porque está cerca... (Fil 4, 4-5).

El 8 de mayo de 1975 Pablo VI publicó la Exhortación Apostólica *“Gaudete in Domino”*. Los puntos tocados por el Pontífice son: 1) La necesidad de alegría en el corazón de los hombres; 2) Anuncio de la alegría cristiana en el Antiguo Testamento; 3) La alegría según el Nuevo Testamento; 4) La alegría en los corazones de los santos; 5) Una alegría para todo el pueblo; 6) Alegría y esperanza en el corazón de los jóvenes; 7) La alegría del peregrino en ese Año Santo.

Una Exhortación Apostólica olvidada, nunca mencionada, ¡aunque siempre es actual! Sería bueno desempolvlarla, leerla e interiorizarla, especialmente en este momento histórico en el que nos vemos amenazados por las guerras en curso y atezados por el miedo a las armas sofisticadas, ya sean atómicas o balísticas de largo alcance.

Religiosos del Sagrado Corazón de Jesús de Betharram, el día de nuestra profesión religiosa, expresamos nuestro deseo de *vivir, en comunidad, la alegría de la consagración y procurar la misma alegría a los demás*. Hoy Gaudete in Domino nos desafía de nuevo. Cito algunas expresiones del mismo documento, tomadas del párrafo n.1; ellas no pueden dejar de plantearnos preguntas.

En la primera parte de la Exhortación Apostólica san Pablo VI escribía:

“Nuestra invitación es esencialmente... una llamada a la renovación interior y a la reconciliación en Cristo.

Al dirigir la mirada sobre el mundo ¿no experimenta el hombre un deseo natural de comprenderlo y dominarlo con su inteligencia, a la vez que aspira a lograr su realización y felicidad? Como es sabido, existen diversos grados en esta «felicidad». Su expresión más noble es la alegría o «felicidad»... el hombre experimenta la alegría cuando se halla en armonía con la naturaleza y sobre todo la experimenta en el encuentro, la participación y la comunión con los demás.

Con mayor razón conoce la alegría y felicidad espirituales cuando su espíritu entra en posesión de Dios, conocido y amado como bien supremo e inmutable. Poetas, artistas, pensadores, hombres y mujeres simplemente disponibles a una cierta luz interior, pudieron, antes de la venida de Cristo, y pueden en nuestros días, experimentar de alguna manera la alegría de Dios.

Pero ¿cómo no ver a la vez que la alegría es siempre imperfecta, frágil, quebradiza? Por una extraña paradoja, la misma conciencia de lo que constituye, más allá de todos los placeres transitorios, la verdadera felicidad, incluye también la certeza de que no hay dicha perfecta. La experiencia de la finitud, que cada generación vive por su cuenta, obliga a constatar y a sondear la distancia inmensa que separa la realidad del deseo de infinito.

Esta paradoja y esta dificultad de alcanzar la alegría parecen a Nos especialmente agudas en nuestros días...La sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría. Porque la alegría tienen otro origen. Es espiritual. El dinero, el confort, la higiene, la seguridad material no faltan con frecuencia; sin embargo, el tedio, la aflicción, la tristeza forman parte, por desgracia, de la vida de muchos. Esto llega a veces hasta la angustia y la desesperación que ni la aparente despreocupación ni el frenesí del gozo presente o los paraísos artificiales logran evitar. ¿Será que nos sentimos impotentes para dominar el progreso industrial y planificar la sociedad de una manera humana? ¿Será que el porvenir aparece demasiado incierto y la vida humana demasiado amenazada? ¿O no se trata más bien de soledad, de sed de amor y de compañía no satisfecha, de un vacío mal definido?. Por el contrario, en muchas regiones, y a veces bien cerca de nosotros, el cúmulo de sufrimientos físicos y morales se hace oprimente: ¡tantos hambrientos, tantas víctimas de combates estériles, tantos desplazados! Estas miserias no son quizá más graves que las del pasado, pero toman una dimensión planetaria; son mejor conocidas, al ser difundidas por los medios de comunicación social, al menos tanto cuanto las experiencias de felicidad; ellas abruman las conciencias, sin que con frecuencia pueda verse una solución humana adecuada.

Sin embargo, esta situación no debería impedirnos hablar de la alegría, esperar la alegría. Es precisamente en medio de sus dificultades cuando nuestros contemporáneos tienen necesidad de

conocer la alegría, de escuchar su canto. Nos compartimos profundamente la pena de aquellos sobre quienes la miseria y los sufrimientos de toda clase arrojan un velo de tristeza. Nos pensamos de modo especial en aquellos que se encuentran sin recursos, sin ayuda, sin amistad, que ven sus esperanzas humanas desvanecidas. Ellos están presentes más que nunca en nuestras oraciones y en nuestro afecto.

Nos no queremos abrumar a nadie. Antes al contrario, buscamos los remedios que sean capaces de aportar luz. A nuestro parecer tales remedios son de tres clases.

Los hombres evidentemente deberán unir sus esfuerzos para procurar al menos un mínimo de alivio, de bienestar, de seguridad, de justicia, necesarios para la felicidad de las numerosas poblaciones que carecen de ella. Tal acción solidaria es ya obra de Dios; y corresponde al mandamiento de Cristo. Ella procura la paz, restituye la esperanza, fortalece la comunión, dispone a la alegría para quien da y para quien recibe... .

Sería también necesario un esfuerzo paciente para aprender a gustar simplemente las múltiples alegrías humanas que el Creador pone en nuestro camino: la alegría exultante de la existencia y de la vida; la alegría del amor honesto y santificado; la alegría tranquilizadora de la naturaleza y del silencio; la alegría a veces austera del trabajo esmerado; la alegría y satisfacción del deber cumplido; la alegría transparente de la pureza, del servicio, del saber compartir; la alegría exigente del sacrificio. El cristiano podrá purificarlas, completarlas, sublimarlas: no puede despreciarlas. La alegría cristiana supone un hombre capaz de alegrías naturales. Frecuentemente, ha sido a partir de éstas como Cristo ha anunciado el Reino de los cielo.

¿Quién no recuerda las palabras de san Agustín: «Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en Ti?»?

El hombre puede verdaderamente entrar en la alegría acercándose a Dios y apartándose del pecado. Sin duda alguna «la carne y la sangre» son incapaces de conseguirlo (cf Mt 16, 17). Pero la Revelación puede abrir esta perspectiva y la gracia puede operar esta conversión. Nuestra intención es precisamente invitaros a las fuentes de la alegría cristiana. ¿Cómo podríamos hacerlo sin ponernos nosotros mismos frente al designio de Dios y a la escucha de la Buena Nueva de su Amor? »

La Regla de Vida nos desafía.

Felices de vivir como testigos de Jesucristo, fuente de nuestra felicidad...

- ¿Estamos totalmente comprometidos a compartir la misma alegría con los demás? (RdV. 11)
- ¿Queremos compartir las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres? (RdV. 18)
- ¿Escuchamos a la gente de nuestro tiempo? (RdV. 18)
- ¿Encontramos nuestro gozo en hacer un regalo incondicional de nuestra vida a Dios? (RdV. 30)
- Recordemos que “sin la oración es imposible la perseverancia gozosa” (RdV. 41).



Societas S^{mi} Cordis Jesu
BETHARRAM

Casa General via Angelo Brunetti, 27 • 00186 Roma (IT) • www.betharram.net